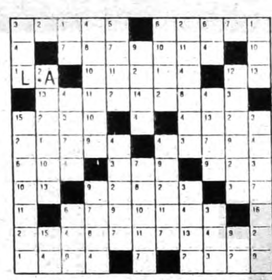
EN CLAVE

Resuelva el siguiente crucigrama sabiendo que a igual número corresponde igual letra.



SOLUCION VIERNES



LA CASA DE LAS MUÑECAS

Página/2/3

Verano/12

LA LECCION



(Por Miguel Briante) Apenas llegó a Pinamar se puso el pantalón negro de ciclista, la camisa cuatro números más grande de la que usaba para ir a bailar en el barrio, el cinturón ancho, las medias azules, las zapatillas a cuadritos amarillos y verdes y la campera llena de cierres. Lo que más le costó fue acomodarse la vincha y el arito porque El Rafa no tenía ni un espejo en esa piojosa piecita, al borde de los médanos, que le habían dado por trabajar de bañero. Pero lo había invitado y él, así, ahorraba parte de lo que había juntado durante el año, falsificando boletas de las obras sociales en la farmacia de su padre. Cuando salió, El Rafa le dijo que con toda esa ropa se iba a cagar de calor. Por el sol, y porque el parador estaba muy lejos, en la playa de El Náutico. Pero ahora la onda era hacer dedo. Se lo dijo al Rafa: "Los *teens* —le dijo—, *van en marcha*". Dos horas después llegaba caminando, solo y reventado, por la arena y bajo el sol de la media tarde, a La Bianca.

Deambuló un rato entre las mesas mirando a la gente y comparándose con los tipos, como en un espejo: pantalones largos a rayas, no tanta vincha, pocos con medias. Eso se daba más en las mujeres. Se tocó el arito y pensó que ya estaba jugado. Le empezó la suerte; consiguió una mesa justo al lado de una hembra morocha que, sola, leía un libro mientras tomaba champán. Tenía el pelo liso y largo, calzaba un dos piezas que abajo dejaba asomar unas perneras cortas, de encaje transparente. En eso llegó el mozo y dejó sobre la mesa de la morocha un plato con dos choclos. Ella dejó el libro y empezó a morder un choclo como si lo leyera: grano por grano, con los dientes afilados, crueles. Las manos parecían estar agarrando otra cosa. El pidió, con voz clara; "Una birra". Al rato ya estaba sentado en la otra mesa porque la morocha, entre mordida y mordida al choclo, le había dicho que por qué no, eh. El libro que estaba leyendo se llamaba *Cómo navegar a vela*.

El le dijo que prefería el tenis y que ahí, en el mar, dudaba entre dedicarse al surf, al wind-surf, a los kayaks, o al body boards. Enseguida, como invitándola, le preguntó qué le parecían las excursiones en lanchas semirrígidas. Ella mostró cierta curiosidad, mientras arrancaba el anteúltimo grano del segundo choclo. Así que él le pidió al mozo "otra birra" y le contó la largada —que había visto por video cable— de la regata Buenos Aires-Río. "Ahí lo vi a Menem —mintió—, cuando subió a la fragata para ir hasta la largada. No sé qué pensás de política pero a mí aunque sea peronista me parece bien, porque está con las privatizaciones. Y además se banca perder la popularidad y no le importa que le digan contradictorio. Ahora sí, para mí esa *cache* de Zulema le está haciendo lío con lo de los micrófonos. Pero salgamos de la política. En música seguro que te gusta el pop, porque se te ve muy ska. Y Charlie García dice, es una canción que esté, La Bianca, es el *point*. Yo adoro Soda Stereo y Ratones Paranoicos. Más pop que new-romantics, viste. En cambio, para vos, seguro que Fabulosos Cadillacs." Todo eso lo dijo casi de un tirón, mientras veía que ella dejaba asomar cada vez más los dientes chiquitos; alegre, interesada. Entonces le dijo que pensándolo bien, para el día siguiente, se había decidido por el wind-card. "Eso de andar en skate con velas le aclaró, por si no entendía—, es lo más *crazy*." Ella sonrió un poco más grande. De modo que se fue a fondo. A la noche podían encontrarse en Maria Bron a tomar clericó. "O si no en Valeria Ranch o Alwais —le dijo—, porque vos se ve que no sos de las mayorcitas que gustan de comer en Tamarisco."

Desde ahí enfrente, desde la playa, sonaba una bocina o un grito. Ella levantó la cabeza. Un tipo todo de blanco, con el pelo largo en colita y gorra azul de marino la llamaba desde un triciclo arenero más bien sencillo. Ella hizo señas de que esperara y dijo: "¿Decime, a vos te gusta toda esta...". No escuchó bien, porque lo distrajo notar, por primera vez, que su voz era ronca, arrastrada, como rea, pero creyó adivinar que la última palabra había sido "boludez". Sin poder creerlo le contestó, soberbio y distante: "Claro, es una forma de vida, ¿no, che?". Ella se levantaba y le iba diciendo: "Entonces, *pibe*, tenés que mejorar tu inglés y corregir algunos detalles. Así que repasá la lección y volvé el verano que viene". Señaló la silla que había dejado: "Repasala. Acordate que está en la página veintiséis".

La cola, los glúteos, se iban pero dejaban su recuerdo —insinuado, húmedo, seguro que caliente— en la tapa de la revista sobre la que había estado sentada. El último número de esa revista de actualidad que él había estado releyendo, por cuarta vez, durante todo el viaje a Pinamar.

LA CASA DE LAS MUÑECAS

Por Katherine Mansfield

Cuando la buena señora Hay volvió a la ciudad después de haber pasado una temporada con los Burnell, mandó a las niñas una casa de muñecas. Era tan grande, que el carretero y Pat la descargaron en el patio, y allí se quedó colocada, encima de dos cajones de madera, junto a la puerta de la despensa. No había peligro de que se estropeara, pues era pleno verano, y quizá así, dejándola afuera, el olor a pintura se habría ya evaporado cuando llegara el momento de entrarla. Porque, la verdad, había sido muy amable la señora Hay, muy amable y espléndida; pero el olor a pintura, como decía tía Beryl, era más que suficiente para poner malo a cualquiera, y eso ya antes de desembalarla.

Allí estaba la casa de muñecas, de un verde espinaca oscuro moteado de amarillo brillante. Sus dos chimeneas pequeñas y fuertes, pegadas al tejado, eran blancas y coloradas, y la puerta relucía de un barniz amarillo. Las cuatro ventanas, ventanas de verdad, tenían unas anchas rayas verdes que separaban una vidriera de la otra. Había también un diminuto atrio amarillo, con gruesas gotas de pintura seca que pendían de los bordes.

Era perfecta la casita. ¿Y quién hacía caso del olor a pintura? ¡Si formaba parte de aquel encanto, de aquella novedad!

—¡Pronto, pronto! ¡Que alguien la abra!

El gancho que la cerraba estaba muy hundido. Pat lo soltó con su cortaplumas, y la casa entera quedó abierta. Así podía uno ver al mismo tiempo el salón y el comedor, la cocina y los dormitorios. Esta es la manera de abrir una casa. ¿Por qué no se abrirían así todas las casas? Resulta más divertido que atisbar por el resquicio de una puerta en un recibidor mezquino, en el que sólo hay un perchero y dos paraguas. Eso es lo que se desea ver en una casa cuando se echa mano al llamador. Quizá de esta forma Dios abre las casas en la noche oscura cuando se pasea tranquilamente en compañía de un ángel...

—¡Oh! ¡Oh!

Las niñas Burnell no sabían lo que les estaba pasando. Era demasiado maravilloso, era demasiada dicha para ellas.

En su vida habían visto cosa semejante. Todas las habitaciones estaban empapeladas. En las paredes había cuadros pintados encima del papel, con auténticos marcos dorados. Todos los suelos, menos el de la cocina, estaban alfombrados de rojo; había sillas encarnadas en el salón, verdes en el comedor; mesas, camas con mantas y sábanas de verdad, una cuna, una estufa, un trinchante con platos diminutos y un jarrón grande. Pero lo que le gustaba más a Kezia, lo que le gustaba con locura, era la lámpara. Estaba colocada en el centro de la mesa del comedor. Era una lámpara exquisita de color de ámbar, con un globo blanco. Incluso estaba preparada para que uno la encendiera, aunque, por supuesto, no se podía encender. Pero dentro había algo que parecía aceite y se movía al agitarlo.

Los papás y mamás de las muñecas, que estaban en el salón muy rígidos como si se hubiesen desmayado, y sus dos nenes dormidos arriba en el primer piso, eran realmente demasiado grandes para esta casa. Diríase que no pertenecían a ella. Pero la lámpara era perfecta. Parecía sonreír a Kezia, parecía que le dijera... "Yo vivo aquí". La lámpara era una auténtica lámpara.

Katherine Mansfield empezó a enriquecer la literatura inglesa a los 22 años de haber nacido en Wellinton, Nueva Zelanda, en 1988. Con "In a german pension" (1911) inició un camino que coronó "The Garden Partv" (1922). Dicen que una maldad de Virginia Wolf la enalteció en su muerte, ocurrida en 1923. Dijo la Wolf: "Una competidora menos". No era poco elogio, viniendo de quien venía. Elegante y profunda a la vez, Mansfield contribuyó a crear las bases del relato corto de la primera parte del siglo, que no ha cambiado mucho. Lo demuestra este texto de su libro "La casa de muñecas" (Ediciones Mediterráneas, Barcelona, 1944).

Al día siguiente, a las niñas Burnell les parecía que no iban a llegar nunca a la escuela. Ardían en deseos de hablar, de contar a todo el mundo, en fin..., de alardear de su casa de muñecas, antes que tocara la campana.

—A mí me toca decirlo —dijo Isabel—, porque soy la mayor: también vosotras podéis hablar luego. Pero a mí me toca decirlo antes.

Tal argumento no tenía réplica: Isabel era mandona, pero tenía siempre razón, y Lottie y Kezia sabían el poderío que otorgaba el ser la mayor. Rozando los ranúnculos amarillos, anduvieron calladas por el borde del camino.

—Yo escogeré las niñas que podrán venir a verla primero. Mamá me ha dado permiso.

Pues mientras la casa de muñecas estuviera en el patio las habían autorizado a invitar a las niñas, de dos en dos, para que la vieran. No debían invitarlas a tomar el té, por supuesto, ni a rondar por la casa, sino solamente a que se estuvieran quietecitas en el patio mientras Isabel les enseñaba todas aquellas maravillas, y Lottie y Kezia miraban encantadas...

Pero, por más de prisa que fueron, cuando llegaron a la alquitranada valla del campo de recreo, la campana había empezado a tocar.

Sólo tuvieron tiempo de quitarse apresuradamente el sombrero y de ponerse en fila antes que les tocara el turno en la lista. Bueno, eso tenía remedio. Isabel trató de remediarlo dándose mucha importancia y cuchicheando en tono de misterio con sus vecinas:

—Tengo que contaros algo a la hora del recreo.

Por fin llegó el recreo, y todas rodearon a Isabel. Las niñas de su clase casi se peleaban por cogerla del brazo, por andar con ella y sonreír lisonjeramente, por ser cada una su mejor amiga. Bajo los pinos grandes, junto al campo de juegos, tuvo una verdadera corte. Riéndose, dándose ligeros codazos, las niñas se apretaron a su alrededor. Las únicas que quedaron fuera del corro fueron las dos de siempre, las pequeñas Kelvey. Sabían que no tenían que acercarse a las Burnell. Y es que la escuela a la que iban las niñas Burnell no era justamente la que sus padres hubieran escogido, de haber podido escoger. Era la única escuela en varias millas a la redonda. Y, por consiguiente era forzoso que se juntaran allí todas las chiquillas de la vecindad, las hijas del juez, del médico, de la frutería, las del lechero. Sin contar que había un igual número de chiquillos mal educados y groseros. Pero todo tenía un límite. El límite se trazó en las Kelvey. Muchas niñas, entre ellas las Burnell, tenían prohibido hasta hablarles. Pasaban delante de ellas con la cabeza alta, y como las Burnell dictaban la moda en cuanto a etiqueta, todo el mundo se apartaba de las Kelvey. Incluso la maestra tenía una voz distinta para ellas, y una sonrisa especial para las otras niñas, cuando Lil Kelvey se acercaba a su mesa con un ramo de flores terriblemente cursi.



Eran las hijas de una mujeruca muy trabajadora y diligente que iba a lavar a las casas. Esto ya era suficiente. Pero ¿dónde estaba Mr. Kelvey? Nadie lo sabía con certeza, pero todo el mundo decía que estaba en la cárcel. Así es que eran las hijas de una lavandera y de un pájaro de presidio. ¡Vaya compañía para las otras niñas! ¡Y qué fachas tenían! Por qué Mrs. Kelvey las llevaba tan mamarrachos, nadie llegaba a comprenderlo. La verdad era que las vestía con lo que le daban en las casas donde iba a trabajar. Lil, por ejemplo, que era una niña gorda y casi fea, y de cara pecosa, llevaba un vestido hecho de un tapete de sarga verde de los Burnell adornado con mangas de peluche rojo de unas cortinas de los Logan. Su sombrero empinado sobre su frente era un sombrero de señora, en otros tiempos propiedad de Miss Lecky, la oficiala de correos. Lo llevaba levantado por detrás y adornado con una pluma colorada. La pobre estaba hecha un adefesio. Era imposible mirarla sin reirse. Y su hermana, nuestra pequeña Else, llevaba un vestido blanco muy largo, parecido a un

LA CASA DE LAS MUÑECAS



Katherine Mansfield empezó a enriquecer la literatura inglesa a los 22 años de haber nacido en Wellinton, Nueva Zelanda, en 1988. Con "In a german pension" (1911) inició un camino que coronó "The Garden Partv" (1922). Dicen que una maldad de Virginia Wolf la enalteció en su muerte, ocurrida en 1923. Dijo la Wolf: "Una competidora menos". No era poco elogio, viniendo de quien venía. Elegante y profunda a la vez, Mansfield contribuyó a crear las bases del relato corto de la primera parte del siglo, que no ha cambiado mucho. Lo demuestra este texto de su libro "La casa de muñecas" (Ediciones Mediterráneas, Barcelona, 1944).

Por Katherine Mansfield

Cuando la buena señora Hay volvió a la ciudad después de haber pasado una temporada con los Burnell, mandó a las niñas una casa de muñecas. Era tan grande, que el carretero y Pat la descargaron en el patio, y allí se quedó colocada, encima de dos cajones de madera, junto a la puerta de la despensa. No había peligro de que se estropeara, pues era pleno verano, y quizá así, dejándola afuera, el olor a pintura se habría ya evaporado cuando llegara el momento de entrarla. Porque, la verdad, había sido muy amable la señora Hay, muy amable y espléndida; pero el olor a pintura, como decía tía Beryl, era más que suficiente para poner malo a cualquiera, y eso ya antes de desembalarla.

Allí estaba la casa de muñecas, de un verde espinaca oscuro moteado de amarillo brillante. Sus dos chimeneas pequeñas y fuertes, pegadas al tejado, eran blancas y coloradas, y la puerta relucía de un barniz amarillo. Las cuatro ventanas, ventanas de verdad, tenían unas anchas rayas verdes que separaban una vidriera de la otra. Había también un diminuto atrio amarillo, con gruesas gotas de pintura seca que pendían de los bordes.

Era perfecta la casita. ¿Y quién hacía caso del olor a pintura? ¡Si formaba parte de aquel encanto, de aquella novedad!

—¡Pronto, pronto! ¡Que alguien la abra!

El gancho que la cerraba estaba muy hundido. Pat lo soltó con su cortaplumas, y la casa entera quedó abierta. Así podía uno ver al mismo tiempo el salón y el comedor, la cocina y los dormitorios. Esta es la manera de abrir una casa. ¿Por qué no se abrirían así todas las casas? Resulta más divertido que atisbar por el resquicio de una puerta en un recibidor mezquino, en el que sólo hay un perchero y dos paraguas. Eso es lo que se desea ver en una casa cuando se echa mano al llamador. Quizá de esta forma Dios abre las casas en la noche oscura cuando se pasea tranquilamente en compañía de un ángel...

—¡Oh! ¡Oh!

Las niñas Burnell no sabían lo que les estaba pasando. Era demasiado maravilloso, era demasiada dicha para ellas.

En su vida habían visto cosa semejante. Todas las habitaciones estaban empapeladas. En las paredes había cuadros pintados encima del papel, con auténticos marcos dorados. Todos los suelos, menos el de la cocina, estaban alfombrados de rojo; había sillas encarnadas en el salón, verdes en el comedor; mesas, camas con mantas y sábanas de verdad, una cuna, una estufa, un trinchante con platos diminutos y un jarrón grande. Pero lo que le gustaba más a Kezia, lo que le gustaba con locura, era la lámpara. Estaba colocada en el centro de la mesa del comedor. Era una lámpara exquisita de color de ámbar, con un globo blanco. Incluso estaba preparada para que uno la encendiera, aunque, por supuesto, no se podía encender. Pero dentro había algo que parecía aceite y se movía al agitarlo.

Los papás y mamás de las muñecas, que estaban en el salón muy rígidos como si se hubiesen desmayado, y sus dos nenes dormidos arriba en el primer piso, eran realmente demasiado grandes para esta casa. Diríase que no pertenecían a ella. Pero la lámpara era perfecta. Parecía sonreír a Kezia, parecía que le dijera... "Yo vivo aquí". La lámpara era una auténtica lámpara.

Al día siguiente, a las niñas Burnell les parecía que no iban a llegar nunca a la escuela. Ardían en deseos de hablar, de contar a todo el mundo, en fin..., de alardear de su casa de muñecas, antes que tocara la campana.

—A mí me toca decirlo —dijo Isabel—, porque soy la mayor: también vosotras podéis hablar luego. Pero a mí me toca decirlo antes.

Tal argumento no tenía réplica: Isabel era mandona, pero tenía siempre razón, y Lottie y Kezia sabían el poderío que otorgaba el ser la mayor. Rozando los ranúnculos amarillos, anduvieron calladas por el borde del camino.

—Yo escogeré las niñas que podrán venir a verla primero. Mamá me ha dado permiso.

Pues mientras la casa de muñecas estuviera en el patio las habían autorizado a invitar a las niñas, de dos en dos, para que la vieran. No debían invitarlas a tomar el té, por supuesto, ni a rondar por la casa, sino solamente a que se estuvieran quietecitas en el patio mientras Isabel les enseñaba todas aquellas maravillas, y Lottie y Kezia miraban encantadas...

Pero, por más de prisa que fueron, cuando llegaron a la alquitranada valla del campo de recreo, la campana había empezado a tocar.

Sólo tuvieron tiempo de quitarse apresuradamente el sombrero y de ponerse en fila antes que les tocara el turno en la lista. Bueno, eso tenía remedio. Isabel trató de remediarlo dándose mucha importancia y cuchicheando en tono de misterio con sus vecinas:

—Tengo que contaros algo a la hora del recreo.

Por fin llegó el recreo, y todas rodearon a Isabel. Las niñas de su clase casi se peleaban por cogerla del brazo, por andar con ella y sonreír lisonjeramente, por ser cada una su mejor amiga. Bajo los pinos grandes, junto al campo de juegos, tuvo una verdadera corte. Riéndose, dándose ligeros codazos, las niñas se apretaron a su alrededor. Las únicas que quedaron fuera del corro fueron las dos de siempre, las pequeñas Kelvey. Sabían que no tenían que acercarse a las Burnell. Y es que la escuela a la que iban las niñas Burnell no era justamente la que sus padres hubieran escogido, de haber podido escoger. Era la única escuela en varias millas a la redonda. Y, por consiguiente era forzoso que se juntaran allí todas las chiquillas de la vecindad, las hijas del juez, del médico, de la frutería, las del lechero. Sin contar que había un igual número de chiquillos mal educados y groseros. Pero todo tenía un límite. El límite se trazó en las Kelvey. Muchas niñas, entre ellas las Burnell, tenían prohibido hasta hablarles. Pasaban delante de ellas con la cabeza alta, y como las Burnell dictaban la moda en cuanto a etiqueta, todo el mundo se apartaba de las Kelvey. Incluso la maestra tenía una voz distinta para ellas, y una sonrisa especial para las otras niñas, cuando Lil Kelvey se acercaba a su mesa con un ramo de flores terriblemente cursi.

Eran las hijas de una mujeruca muy trabajadora y diligente que iba a lavar a las casas. Esto ya era suficiente. Pero ¿dónde estaba Mr. Kelvey? Nadie lo sabía con certeza, pero todo el mundo decía que estaba en la cárcel. Así es que eran las hijas de una lavandera y de un pájaro de presidio. ¡Vaya compañía para las otras niñas! ¡Y qué fachas tenían! Por qué Mrs. Kelvey las llevaba tan mamarrachos, nadie llegaba a comprenderlo. La verdad era que las vestía con lo que le daban en las casas donde iba a trabajar. Lil, por ejemplo, que era una niña gorda y casi fea, y de cara pecosa, llevaba un vestido hecho de un tapete de sarga verde de los Burnell adornado con mangas de peluche rojo de unas cortinas de los Logan. Su sombrero empinado sobre su frente era un sombrero de señora, en otros tiempos propiedad de Miss Lecky, la oficiala de correos. Lo llevaba levantado por detrás y adornado con una pluma colorada. La pobre estaba hecha un adefesio. Era imposible mirarla sin reírse. Y su hermana, nuestra pequeña Else, llevaba un vestido blanco muy largo, parecido a un camisón, y un par de botas de muchacho. Pero, llevara lo que llevara, nuestra Else tenía un aire extraño. Era una niña huesuda y chiquitina, con abundante cabellera y ojos solemnes y enormes, un pequeño mochuelo blanco. Jamás la habían visto reír: no hablaba casi nunca. Pasaba por la vida agarrada a la falda de Lil, retorciendo en su mano el pedazo de tela. A donde iba Lil, allí seguía nuestra Else. En el campo de recreo, en el camino al ir y venir de la escuela, allí estaba Lil marchando delante y nuestra Else detrás, cogida de su falda. Sólo cuando quería algo, o cuando se quedaba sin aliento, nuestra Else le daba a Lil un tirón, una pequeña sacudida, y Lil se paraba y se volvía. Las Kelvey no dejaban nunca de comprenderse.

Ahora rondaban cerca de la valla: no se podía impedir que oyeran. Cuando las niñas se volvían y las miraban despectivamente, Lil, como de costumbre contestaba con una sonrisa tonta y avergonzada, mientras que Else sólo miraba.

Y la voz de Isabel, llena de orgullo, seguía contando. La alfombra causaba sensación, aunque también la causaban las camas con sábanas auténticas, verdaderas, y la estufa con su portezuela como la de un horno.

Cuando terminó de contar, Kezia dijo de repente:

—Te has olvidado la lámpara, Isabel.

—¡Ah, sí! —dijo Isabel—. Y hay una lámpara chiquitita toda de vidrio amarillo, con globo blanco, encima de la mesa del comedor. Es exactamente como una lámpara grande, no hay diferencia.

—La lámpara es lo mejor de todo —añadió Kezia.

Pensaba que Isabel no había sacado bastante partido de la lamparita. Pero nadie le hacía caso. Isabel estaba escogiendo las dos niñas que iban a volver a casa con ellas para verla. Escogió a Emmie Cole y a Lena Logan.

Pero, cuando las demás supieron que a todas les tocaría el turno, aun se volvieron más cariñosas con Isabel. Todas tenían que susurrarle algún secreto, y una a una se la llevaban a dar una vuelta cogiéndola por el talle: "Isabel es mi amiga".

Sólo las pequeñas Kelvey se fueron olvidadas: ya no había nada más que escuchar.

Fueron pasando los días, y, cuantas más niñas la veían, adquiría más fama la casa de muñecas. Se convirtió en el tema del día, una verdadera locura. Sólo se oía una pregunta:

—¿Has visto la casa de muñecas de las Burnell? Es una maravilla, ¿verdad?... ¿No la has visto?... ¡Oh, qué lástima!

Incluso a la hora del almuerzo se hablaba del asunto. Las niñas se sentaban bajo los pinos y allí comían sus recios emparedados de carne de cordero y las gruesas rebanadas de tarta embadurnadas de mantequilla. Y siempre, lo más juntas posible, nuestra Else agarrada a la falta de Lil, estaban sentadas las Kelvey escuchando, mientras mascaban sus emparedados de jamón, envueltos en papel de periódico con grandes manchas coloradas.

—Mamá —dijo Kezia—, ¿no me dejas que les diga a las Kelvey que vengan, siquiera una sola vez

—No, de ninguna manera, Kezia.

—Pero, ¿por qué?

—Déjame en paz: sabes muy bien el porqué.

Por fin, todo el mundo la había visto menos ellas. Aquel día el tema de actualidad flaqueaba un poco. Era la hora del almuerzo. Las niñas estaban sentadas todas juntas bajo los pinos, y de pronto, mientras miraban a las Kelvey que comían de su papel grasiento, siempre solas, siempre escuchándolo todo, les entró el deseo de mortificarlas. Emmie Cole empezó a cuchichear:

—Lil será una criada cuando sea mayor.

—¡Oh, qué horrible! —dijo Isabel Burnell, e hizo una mueca a Emmie.

Emmie tragó un poco de saliva de un modo muy significativo, e inclinó la cabeza hacia Isabel como lo había visto hacer a su madre en semejantes ocasiones.

—Es verdad, es verdad, es verdad —dijo.

Entonces, los ojitos de Lena Logan chispearon.

—¿Quieres que se lo pregunte? —cuchicheó.

—¿A que no te atreves? —dijo Jessie May.

—¡Bah! Eso no me asusta —le contestó Lena.

Y de repente lanzó un chillido y se puso a hablar delante de las otras niñas.

—Miradme. Fijaos bien. Fijaos bien ahora —dijo Lena.

Y deslizándose, escurriéndose, arrastrando una pierna y tratando con la mano de ocultar su risita, Lena se acercó a las Kelvey.

Lil levantó los ojos. Envolvió apresuradamente las sobras de su almuerzo. Nuestra Else paró de masticar. ¿Qué iba a ocurrir?

—¿Es cierto que cuando seas mayor serás una criada? —le chilló Lena.

Silencio mortal. Pero Lil contestó solamente con una de sus sonrisas tontas y avergonzadas. Era evidente que la pregunta no había hecho ningún efecto. ¡Qué chasco para Lena! Las niñas empezaron a reírse entre dientes.

Lena no podía soportarlo, y con los brazos en jarras y echando el pecho hacia adelante, le silbó despectivamente.

—Sí, tu padre está en la cárcel.

Haber dicho esto era algo tan extraordinario, que todas las niñas echaron a correr en tropel, profundamente excitadas, ebrias de insana alegría. Una de ellas encontró una cuerda y empezaron a saltar. Y jamás habían sido tan atrevidas, ni habían saltado tan alto ni corrido tan de prisa como aquella mañana.

Por la tarde, Pat vino en la calesa a buscar a las niñas Burnell. En casa había visitas. Isabel y Lottie, a las que gustaba la sociedad, subieron a cambiarse los delantales. Pero Kezia se escurrió detrás de la casa. No había nadie. Empezó a columpiarse en el portal blanco del patio. Y, mirando hacia la carretera, vio dos puntitos. Fueron creciendo; iban hacia ella. Ahora distinguía que uno iba delante y el otro, muy junto detrás. Ya podía ver que eran las Kelvey. Kezia dejó de columpiarse. Se deslizó del portal como si fuera a salir corriendo. Luego quedó indecisa. Las Kelvey se acercaban, y a ~~su lado~~ andaban sus sombras, muy largas, atravesando el camino con las cabezas en los ranúnculos del borde. Kezia se volvió a encaramar en el portal. Ya había decidido lo que iba a hacer: se balanceó hacia adelante.

—¡Hola! —dijo a las Kelvey mientras pasaban.

Ellas quedaron tan sorprendidas, que se pararon. Lil echó mano de su sonrisa tonta. Nuestra Else la miró con los ojos muy abiertos.

—Podéis venir a ver nuestra casa de muñecas, si queréis —les dijo Kezia, y echó un pie al suelo.

Pero al instante Lil se puso colorada, y muy de prisa movió la cabeza negativamente.

—¿Por qué no? —preguntó Kezia.

Lil tomó aliento, luego dijo:

—Tu mamá le ha dicho a la mía que no tenías que hablar con nosotras.

—Bueno —dijo Kezia. No sabía cómo contestar—. No importa. Podéis venir, de todos modos, a ver nuestra casa de muñecas. Venid: nadie nos ve.

Pero Lil movió la cabeza con más fuerza aún.

—¿No queréis venir? —preguntó Kezia.

De repente hubo un tirón, una pequeña sacudida en la falda de Lil, y ella se volvió. Nuestra Else la estaba mirando con ojos grandes e implorantes: fruncía el ceño, quería ir. Por un momento, muy perpleja, Lil miró a Else. Pero entonces nuestra Else volvió a tirar de su falda y Lil echó a andar. Kezia les enseñaba el camino. Como dos gatitos perdidos, la siguieron a través del patio hasta donde estaba colocada la casa de muñecas.

—Aquí la tenéis —dijo Kezia.

Hubo una pausa. Lil respiró muy fuerte, dando un respingo: nuestra Else parecía de piedra.

—Os la abriré para que la veáis por dentro —les dijo Kezia cariñosamente.

Soltó el gancho y la vieron toda.

—Este es el salón, y éste el comedor, y éste es...

—¡Kezia!

¡Oh! ¡Qué sobresalto tuvieron!

—¡Kezia!

Era la voz de tía Beryl. Se volvieron. En la puerta estaba tía Peryl mirando asombrada como si no pudiera creer lo que estaba viendo.

—¿Cómo te has atrevido a traer a las Kelvey al patio? —dijo con su voz fría y furiosa—. Tú sabes, tan bien como yo que te está prohibido hablarles. Idos de prisa, niñas, idos de prisa, en seguida. Y no volváis —les dijo la tía Beryl haciendo ademán de ahuyentarlas, como si fueran aves de corral—. ¡Idos inmediatamente! —gritó fría y orgullosa.

No se lo hicieron decir dos veces. Rojas de vergüenza, encogidas, Lil arrebujaba como su madre, nuestra Else aturdida, sin saber cómo, atravesaron el ancho patio, y estrujándose pasaron por el blanco portal apenas entreabierto.

—Eres una niña mala y desobediente —le dijo con amargura tía Beryl a Kezia, y de un golpe cerró la puerta de la casa de muñecas.

La tarde había sido espantosa. Había recibido una carta de Willie Brent, una carta amenazadora y terrible, en la que le decía que, si no iba aquella noche al matorral de Pulman, iría a la puerta de su casa para saber el motivo. Mas, ahora que había espantado como dos ratoncitos a aquellas chiquillas Kelvey y que había reñido convenientemente a Kezia, se sentía el corazón más ligero. Aquella opresión horrible había desaparecido. Volvió a entrar en casa canturreando.

Cuando las Kelvey perdieron de vista la casa de los Burnell, se sentaron a descansar en un grueso tubo de desagüe de hierro rojizo junto al camino. Las mejillas de Lil abrasaban todavía: se quitó el sombrero y lo puso en las rodillas. Con ojos soñadores quedaron mirando por encima de la estacada del prado, más allá del riachuelo, hacia los zarzales donde pastaban las vacas de los Logan.

¿En qué pensaban?

Luego nuestra Else se arrimó a su hermana y la tocó con el codo, pero ya había olvidado a la enojada señora. Con un dedito sacudió la pluma del sombrero de su hermana, y a su cara asomó una sonrisa, una de sus poco frecuentes sonrisas.

—He visto la lamparita —dijo en voz muy baja.

Luego las dos se volvieron a quedar silenciosas.



camisón, y un par de botas de muchacho. Pero, llevara lo que llevara, nuestra Else tenía un aire extraño. Era una niña huesuda y chiquitina, con abundante cabellera y ojos solemnes y enormes, un pequeño mochuelo blanco. Jamás la habían visto reír: no hablaba casi nunca. Pasaba por la vida agarrada a la falda de Lil, retorciendo en su mano el pedazo de tela. A donde iba Lil, allí seguía nuestra Else. En el campo de recreo, en el camino al ir y venir de la escuela, allí estaba Lil marchando delante y nuestra Else detrás, cogida de su falda. Sólo cuando quería algo, o cuando se quedaba sin aliento, nuestra Else le daba a Lil un tirón, una pequeña sacudida, y Lil se paraba y se volvía. Las Kelvey no dejaban nunca de comprenderse.

Ahora rondaban cerca de la valla: no se podía impedir que oyeran. Cuando las niñas se volvían y las miraban despectivamente, Lil, como de costumbre contestaba con una sonrisa tonta y avergonzada, mientras que Else sólo miraba.

Y la voz de Isabel, llena de orgullo, seguía contando. La alfombra causaba sensación, aunque también la causaban las camas con sábanas auténticas, verdaderas, y la estufa con su portezuela como la de un horno.

Cuando terminó de contar, Kezia dijo de repente:

—Te has olvidado la lámpara, Isabel.

—¡Ah, sí! —dijo Isabel—. Y hay una lámpara chiquitita toda de vidrio amarillo, con globo blanco, encima de la mesa del comedor. Es exactamente como una lámpara grande, no hay diferencia.

—La lámpara es lo mejor de todo —añadió Kezia.

Pensaba que Isabel no había sacado bastante partido de la lamparita. Pero nadie le hacía caso. Isabel estaba escogiendo las dos niñas que iban a volver a casa con ellas para verla. Escogió a Emmie Cole y a Lena Logan.

Pero, cuando las demás supieron que a todas les tocaría el turno, aun se volvieron más cariñosas con Isabel. Todas tenían que susurrarle algún secreto, y una a una se la llevaban a dar una vuelta cogiéndola por el talle: "Isabel es mi amiga".

Sólo las pequeñas Kelvey se fueron olvidadas: ya no había nada más que escuchar.

Fueron pasando los días, y, cuantas más niñas la veían, adquiría más fama la casa de muñecas. Se convirtió en el tema del día, una verdadera locura. Sólo se oía una pregunta:

—¿Has visto la casa de muñecas de las Burnell? Es una maravilla, ¿verdad?... ¿No la has visto?... ¡Oh, qué lástima!

Incluso a la hora del almuerzo se hablaba del asunto. Las niñas se sentaban bajo los pinos y allí comían sus recios emparedados de carne de cordero y las gruesas rebanadas de tarta embadurnadas de mantequilla. Y siempre, lo más juntas posible, nuestra Else agarrada a la falta de Lil, estaban sentadas las Kelvey escuchando, mientras mascaban sus emparedados de jamón, envueltos en papel de periódico con grandes manchas coloradas.

—Mamá —dijo Kezia—, ¿no me dejas que les diga a las Kelvey que vengan, siquiera una sola vez

—No, de ninguna manera, Kezia.

—Pero, ¿por qué?

—Déjame en paz: sabes muy bien el porqué.

Por fin, todo el mundo la había visto menos ellas. Aquel día el tema de actualidad flaqueaba un poco. Era la hora del almuerzo. Las niñas estaban sentadas todas juntas bajo los pinos, y de pronto, mientras miraban a las Kelvey que comían de su papel grasiento, siempre solas, siempre escuchándolo todo, les entró el deseo de mortificarlas. Emmie Cole empezó a cuchichear:

—Lil será una criada cuando sea mayor.

—¡Oh, qué horrible! —dijo Isabel Burnell, e hizo una mueca a Emmie.

Emmie tragó un poco de saliva de un modo muy significativo, e inclinó la cabeza hacia Isabel como lo había visto hacer a su madre en semejantes ocasiones.

—Es verdad, es verdad, es verdad —dijo.

Entonces, los ojitos de Lena Logan chispearon.

—¿Quieres que se lo pregunte? —cuchicheó.

—¿A que no te atreves? —dijo Jessie May.

—¡Bah! Eso no me asusta —le contestó Lena.

Y de repente lanzó un chillido y se puso a hablar delante de las otras niñas.

—Miradme. Fijaos bien. Fijaos bien ahora —dijo Lena.

Y deslizándose, escurriéndose, arrastrando una pierna y tratando con la mano de ocultar su risita, Lena se acercó a las Kelvey.

Lil levantó los ojos. Envolvió apresuradamente las sobras de su almuerzo. Nuestra Else paró de masticar. ¿Qué iba a ocurrir?

—¿Es cierto que cuando seas mayor serás una criada? —le chilló Lena.

Silencio mortal. Pero Lil contestó solamente con una de sus sonrisas tontas y avergonzadas. Era evidente que la pregunta no había hecho ningún efecto. ¡Qué chasco para Lena! Las niñas empezaron a reírse entre dientes.

Lena no podía soportarlo, y con los brazos en jarras y echando el pecho hacia adelante, le silbó despectivamente.

—Sí, tu padre está en la cárcel.

Haber dicho esto era algo tan extraordinario, que todas las niñas echaron a correr en tropel, profundamente excitadas, ebrias de insana alegría. Una de ellas encontró una cuerda y empezaron a saltar. Y jamás habían sido tan atrevidas, ni habían saltado tan alto ni corrido tan de prisa como aquella mañana.

Por la tarde, Pat vino en la calesa a buscar a las niñas Burnell. En casa había visitas. Isabel y Lottie, a las que gustaba la sociedad, subieron a cambiarse los delantales. Pero Kezia se escurrió detrás de la casa. No había nadie. Empezó a columpiarse en el portal blanco del patio. Y, mirando hacia la carretera, vio dos puntitos. Fueron creciendo; iban hacia ella. Ahora distinguía que uno iba delante y el otro, muy junto detrás. Ya podía ver que eran las Kelvey. Kezia dejó de columpiarse. Se deslizó del portal como si fuera a salir corriendo. Luego quedó indecisa. Las Kelvey se acercaban, y a su lado andaban sus sombras, muy largas, atravesando el camino con las cabezas en los ranúnculos del borde. Kezia se volvió a encaramar en el portal. Ya había decidido lo que iba a hacer: se balanceó hacia adelante.

—¡Hola! —dijo a las Kelvey mientras pasaban.

Ellas quedaron tan sorprendidas, que se pararon. Lil echó mano de su sonrisa tonta. Nuestra Else la miró con los ojos muy abiertos.

—Podéis venir a ver nuestra casa de muñecas, si queréis —les dijo Kezia, y echó un pie al suelo.

Pero al instante Lil se puso colorada, y muy de prisa movió la cabeza negativamente.

—¿Por qué no? —preguntó Kezia.

Lil tomó aliento, luego dijo:

—Tu mamá le ha dicho a la mía que no tenías que hablar con nosotras.

—Bueno —dijo Kezia. No sabía cómo contestar—. No importa. Podéis venir, de todos modos, a ver nuestra casa de muñecas. Venid: nadie nos ve.

Pero Lil movió la cabeza con más fuerza aún.

—¿No queréis venir? —preguntó Kezia.

De repente hubo un tirón, una pequeña sacudida en la falda de Lil, y ella se volvió. Nuestra Else la estaba mirando con ojos grandes e implorantes: fruncía el ceño, quería ir. Por un momento, muy perpleja, Lil miró a Else. Pero entonces nuestra Else volvió a tirar de su falda y Lil echó a andar. Kezia les enseñaba el camino. Como dos gatitos perdidos, la siguieron a través del patio hasta donde estaba colocada la casa de muñecas.

—Aquí la tenéis —dijo Kezia.

Hubo una pausa. Lil respiró muy fuerte, dando un respingo: nuestra Else parecía de piedra.

—Os la abriré para que la veáis por dentro —les dijo Kezia cariñosamente.

Soltó el gancho y la vieron toda.

—Este es el salón, y éste el comedor, y éste es...

—¡Kezia!

¡Oh! ¡Qué sobresalto tuvieron!

—¡Kezia!

Era la voz de tía Beryl. Se volvieron. En la puerta estaba tía Peryl mirando asombrada como si no pudiera creer lo que estaba viendo.

—¿Cómo te has atrevido a traer a las Kelvey al patio? —dijo con su voz fría y furiosa—. Tú sabes, tan bien como yo que te está prohibido hablarles. Idos de prisa, niñas, idos de prisa, en seguida. Y no volváis —les dijo la tía Beryl haciendo ademán de ahuyentarlas, como si fueran aves de corral—. ¡Idos inmediatamente! —gritó fría y orgullosa.

No se lo hicieron decir dos veces. Rojas de vergüenza, encogidas, Lil arrebujaba como su madre, nuestra Else aturdida, sin saber cómo, atravesaron el ancho patio, y estrujándose pasaron por el blanco portal apenas entreabierto.

—Eres una niña mala y desobediente —le dijo con amargura tía Beryl a Kezia, y de un golpe cerró la puerta de la casa de muñecas.

La tarde había sido espantosa. Había recibido una carta de Willie Brent, una carta amenazadora y terrible, en la que le decía que, si no iba aquella noche al matorral de Pulman, iría a la puerta de su casa para saber el motivo. Mas, ahora que había espantado como dos ratoncitos a aquellas chiquillas Kelvey y que había reñido convenientemente a Kezia, se sentía el corazón más ligero. Aquella opresión horrible había desaparecido. Volvió a entrar en casa canturreando.

Cuando las Kelvey perdieron de vista la casa de los Burnell, se sentaron a descansar en un grueso tubo de desagüe de hierro rojizo junto al camino. Las mejillas de Lil abrasaban todavía: se quitó el sombrero y lo puso en las rodillas. Con ojos soñadores quedaron mirando por encima de la estacada del prado, más allá del riachuelo, hacia los zarzales donde pastaban las vacas de los Logan. ¿En qué pensaban?

Luego nuestra Else se arrimó a su hermana y la tocó con el codo, pero ya había olvidado a la enojada señora. Con un dedito sacudió la pluma del sombrero de su hermana, y a su cara asomó una sonrisa, una de sus pocos frecuentes sonrisas.

—He visto la lamparita —dijo en voz muy baja.

Luego las dos se volvieron a quedar silenciosas.

EL ENIGMA FILMICO

		APELLIDO: Bright	March	Smith	Sullivan	Vincent	ES: Estrella	Galán	Guionista	Iluminador	Productora	EXIGIO: Aumento	Cena	Flores	Maquillaje	Rapidez
NOMBRE	Andrew															
	Laura															
	Lilian															
	Martin															
	Pamela															
EXIGIO	Aumento															
	Cena															
	Flores															
	Maquillaje															
	Rapidez															
ES	Estrella															
	Galán															
	Guionista															
	Iluminador															
	Productora															

El director Luca Marath está al bordel del colapso nervioso: tras quince semanas de filmación, varias personas han causado algunos problemas. Descubra usted los entretelones de esta apasionante historia.

1. Lilian, haciendo valer su condición de estrella, exigió mayor rapidez.
2. Pamela discutió acaloradamente con la señora Vincent.
3. Martin Bright estuvo a punto de renunciar.
4. Laura pretendía ser recibida cada día con un ramo de rosas recién cortadas.
5. Smith casi suspende la filmación por considerar que el maquillaje no le favorecía.
6. Laura y la señorita March criticaron a la guionista que amenazó con abandonar el trabajo si no se le pagaba la cena.



PARTES DEL MOTOR

Encuentre en la sopa las siete palabras referidas al título que se encuentran en horizontal, vertical o diagonal, en uno u otro sentido. Como ayuda, damos una palabra ya ubicada.
Resuelva el siguiente crucigrama sabiendo que a igual número corresponde igual letra.

E	C	R	E	O	C	L	E	D	M
N	R	A	R	R	I	O	S	R	E
R	A	I	S	A	E	T	C	A	T
G	D	U	A	L	I	T	D	O	A
O	I	E	S	G	U	Y	R	B	D
N	A	V	L	A	A	D	Q	A	Y
C	D	M	T	I	N	P	O	C	C
G	O	F	J	I	K	M	P	S	T
R	R	U	L	D	B	A	Y	O	V
N	B	I	E	L	A	Z	I	C	I
U	C	F	I	L	T	R	O	D	E
A	L	T	O	S	M	F	A	P	N
C	Y	P	L	A	Ñ	Z	A	D	L

Solución

Andrew, Smith, galán, maquillaje. Laura, Vincent, productora, flores. Lilian, March, estrella, rapidez. Martin, Bright, iluminador, aumento. Pamela, Sullivan, guionista, cena.

